

que sufrió y que hizo temer mucho por su vida, uno de sus discípulos le dijo: "Padre mio, dirijid á Dios aquella súplica de San Martin: Señor, si aun soy necesario á vuestro pueblo, no rehusó prolongar mi ministerio."--"De ninguna manera lo haré yo eso, respondió con un tono enojado: ¿quién soy yo para crearme necesario, y de qué puedo servir? Nunca, á Dios gracias, me ha venido á la imaginacion este pensamiento, y si tuviera de mí tal opinion, desesperaria de mi salvacion." Un personaje distinguido, le hablaba un dia del bien que hacia, y concluyó por decirle: "Los santos han hecho grandes cosas, padre mio."--"No soy de ese parecer, respondió Felipe; yo creo que Dios ha hecho grandes cosas en sus santos." Uno de sus penitentes le dijo cierta ocasion en el confesionario: "Me persigue mucho la tentacion de creer que vos no sois tan bueno como el mundo se lo persuade, y este pensamiento me hace padecer mucho."--"Yo me parezco á los demas hombres, respondió el humilde Felipe, y nada tengo mas que ellos. No os inquiete, pues, esta tentacion, que ciertamente no vale la pena."

Profundamente convencido que era el mas grande de los pecadores, suplicaba á todos los que le trataban, que rógasen á Dios por él, y no dejaba de enviar limosnas á los monasterios con el mismo objeto. Rogaba que se oyesen misas por su intencion, y en las festividades principales iba á decir la suya á las iglesias donde se cele-

braban, esperando que la santidad del lugar supliera á la indignidad del celebrante. Siempre que iba á ver á los novicios de algun convento, les encomendaba su mucha miseria; y pedia á sus penitentes una pequeña parte en las satisfacciones que les imponia. Rico con tantos sufragios, solicitaba con confianza los dones del Cielo, y atribuia su consecucion á los méritos y oraciones de tantas buenas almas á quienes se habia encomendado.

Nada le daba mayor afliccion que ver ú oír decir que se le apreciaba y respetaba. Entonces decia llorando: "Los hombres no me conocen, y por eso me juzgan favorablemente; pero Dios que me conoce no me juzga de esta suerte. ¡Oh! cuántos pobres jornaleros y cuántas mugeres sencillas tendrán mejor lugar que yo, en el reino de los cielos!" Volvia de Loreto uno de sus discípulos, y le dijo que en aquel lugar todos le tenían por santo: esto bastó para traerle triste todo aquel dia, en el que no cesó de repetir esta lamentacion: "¡Ojalá y fuera yo tal como los hombres piensan!" Las alabanzas le eran insoportables: no permitia que ninguno le sirviese, ni sufría que los pobres estuviesen parados delante de él ó que le habiasen con la cabeza descubierta. Costaba gran trabajo aun á sus mas jóvenes discípulos, el conseguir de él les permitiese besarle la mano, segun costumbre del pais. Cuando se encontraba con hombres de alta virtud, evitaba

hablar de cosas espirituales. Encargado á su pesar, como lo hemos dicho antes, del gobierno de su congregacion, nunca quiso que se le llamase superior, sino padre, porque este título indica mas bien amor que poder, y de aquí viene el uso que hasta hoy subsiste en el Oratorio, de llamar nuestro padre, al padre Prepósito. No podia hacérsele mayor agravio, que llamarle fundador, y no dejaba de rechazar este título con cierta indignacion. “No penseis nunca, decía, en cosa semejante: el Oratorio es obra de Dios, y si su magestad quiso servirse de mí para esta institucion, fué porque quiso asegurar mejor su gloria, valiéndose de un instrumento miserable.” En efecto, no podia concebir cómo Dios habia echado mano de él, para esta obra tan grandiosa.

Todo el mundo podia libremente contrariar sus opiniones, porque él nunca procuraba defenderlas. Su lenguaje era sencillo, así como sus maneras, y nunca se notó en él nada que indicase afectacion. “Dejémos, decía, esos modales estudiados para los cortesanos; á nosotros solo nos está bien la simplicidad cristiana. Cualquiera cosa que se resintiese de doblez ó de mentira, le horrorizaba en extremo. A pesar de la excelencia de su juicio y de su grande experiencia, no hacia cosa alguna sin consultarla con sus padres, y queria, que tanto los ménos instruidos, como los mas sábios, le diesen libremente su opinion:

y muy lejos de llevar á mal que los demas no pensasen como él, experimentaba en ello una alegría sincera; tanto así se habia impresionado de aquellas palabras de San Pablo: “Si alguno entre vosotros pasa por sábio, hágase nécio, para que llegue á ser sábio de verdad.” Por lo mismo se decía de él lo que San Gregorio Nacianceno dijo de San Efren: “Que queria mejor ser sábio que parecerlo.”

Dios hacia por medio de Felipe, numerosos milagros; pero éste los obraba con tanta astucia, que los mismos que eran testigos de ellos, no sospechaban fuese su instrumento. Refiere la historia que San Francisco de Paula hacia tomar yerbas insignificantes á los enfermos que queria sanar milagrosamente, á fin que su curacion se atribuyese á ellas, y no se le considerase como á un Taumaturgo. Felipe curaba á los suyos riéndose y jugando, por decirlo así, con el objeto de distraer la atencion de los que estaban presentes. Lográbalo ordinariamente, y aquellos que mas avisados veian bien lo que pasaba, no se atrevian á decir nada, por no contristar al santo. ¡Cuántas personas al oír publicar, despues de su muerte, los milagros que ellas mismas habian visto, se maravillaron de haber sido testigos de ellos sin conocerlos! Entónces admiraron la ingeniosa humildad de aquel grande hombre, y no dudaron que el Cielo le habia concedido, como á otro Andrés Salus, el don de ocultar los favores que de él re-

cibiera. Hacia al fin de su vida, dijo un dia á Baronio: “He sabido con mucho dolor, que por fuera de casa se me atribuyen milagros, ¿qué habrá dado lugar á ese rumor qué tanto me mortifica? Porque si es cierto que en mi presencia, una que otra vez han sucedido cosas inusitadas ó sobrenaturales, me parece que debieran mejor atribuirse á la fé de los que las han experimentado, que á mis propios méritos. En lugar de pedir á Dios semejante poder, nunca dejo de rogarle que no haga por mi medio, cosa que pueda atraerme las miradas de los hombres.”

La humildad hacia que siempre estuviese atento y cuidadoso, para no causar molestia á nadie. Rara vez mandaba, y eso casi siempre por intereses de los que recibian sus órdenes. Cuando se trataba del bien comun, no mandaba á otro cosa que pudiera él hacer por sí, y nada ó casi nada para su persona. Su rostro estaba siempre sereno, su humor era alegre, y amable su conversacion. Llegaba su atencion hasta el extremo de usar, cuando estaba en su cuarto, zapatos de lana, para que el ruido de sus pasos no incomodase á los que vivian debajo de él. Le eran insoportables, el orgullo y la arrogancia. Abrazaba con el mas grande afecto á los mayores pecadores, deseoso de ganarlos para Jesucristo; pero los soberbios le inspiraban profundo disgusto.

Le era muy anable la humildad, para que no

se esforzase en inculcarla á sus discípulos. Por lo mismo les hablaba de ella sin cesar; y así como San Juan no se cansaba de decir á sus hijos espirituales: “Amaos unos á otros,” Felipe decia á los suyos: “Humillaos, hijos míos, humillaos.” Un dia que Tarugi predicaba de la dicha de padecer por Jesucristo, de manera que provocó los aplausos de su auditorio; el santo que estaba sentado enfrente del púlpito, se estremeció fuertemente hasta el extremo de llamar la atencion de todos. Entónces se subió sobre la silla, y dijo á todos los que le oian: “He aquí lo que nos debe humillar á mí, y á los míos: no solo no hemos derramado una gota de nuestra sangre por Jesucristo, sino que recogemos alabanzas y homenajes por nuestros trabajos.” Añadió aún otras muchas cosas que llenaron de admiracion á sus oyentes.

“Guardaos, decia, frecuentemente á los padres de su congregacion, de contar aun de chanza cosas de que os pueda resultar alabanza.” Encargábales que rogasen á Dios incesantemente, no permitiese que ellos pusieran la vista en sus dones y progresos en la virtud, á fin de que no cayesen en los lazos de la vanidad: y si alguno dejaba escapar ante él alguna palabra que anunciase jactancia, le recordaba al momento aquella sentencia del Espíritu Santo: “Mi secreto no debe guardarlo otro que yo.”

Aconsejaba á sus penitentes que comenzasen su confesion por lo mas gráve que hubieran co-

metido, porque, decía, este es el medio de causar gran despecho al demonio, y de hacer mas meritoria la acusacion. Nada le era mas insoponible, que oírles escusar sus faltas. “Es mal camino para la perfeccion, decía, andar con escusas: vale mas sufrir una acusacion no merecida humillándose y pidiendo perdon.” Si alguno pretendia justificarse, le preguntaba riéndose, si le parecia que Eva era digna de ser tomada por modelo. “Guardémonos, añadía, de que la tristeza causada por la reprension nos haga mas culpables que la misma falta, porque es seguro que la tristeza inmoderada, tiene por origen al orgullo. En el momento que deis una caida, decios á vos mismo: “Si yo fuera humilde, ciertamente que no habria caido.” No aprobaba el que ninguno, fiado en sus propias fuerzas, se atreviese á pedir á Dios tribulaciones. “Contentaos, decía, con preveerlas y pedir á Dios paciencia.” Aseguraba tambien que nada es mas peligroso á los recién entrados á la vida espiritual, que pretender ser maestros y dar reglas de bien vivir á los demas. Por último, nada omitia para precaver á los suyos del vicio de la vanagloria, y hé aquí sus preceptos respecto de esta materia: “Cuando hagais oracion, encerraos en vuestro cuarto, para que el público no vea las gracias que Dios os dispensa en élla; id por la via comun y guardaos de las singularidades; el orgullo apetece demasiado todo lo extraordinario, y por lo mismo, es necesario

desconfiar de lo que lleve este carácter. Es tambien una ilusion peligrosa dejar de hacer el bien por temor de la vanidad: no caigais, pues, en esta tentacion. Hay, decía, una vanagloria que antecede á la obra que se hace, y que viene á ser como su fin: otra que se llama concomitante; porque viene á acompañar á la operacion que se comenzó con una recta intencion: y otra, por último, que no acontece sino despues que se hizo la buena obra.” De aquí deducia lo importante que es considerar en toda obra, que se tenga entre manos, su principio, medio y fin.

